



GABRIELA MISTRAL Y CECILIA MEIRELES: POETISAS MAYORES

Maximino Fernández Fraile

RESUMEN:

El presente trabajo es parte de la ponencia presentada al "Simposio Internacional Brasil: 500 años de descubiertas literarias", realizado en Brasilia en celebración del quinto centenario del descubrimiento de dicho país. En él se pretende hacer un estudio comparativo entre las obras de las dos mayores poetisas de Chile y Brasil, Gabriela Mistral y Cecilia Meireles, quienes presentan notables similitudes en diversos sentidos: calidad de la palabra poética, simultáneamente fuerte e intensa y frágil y delicada; conciencia de la imposibilidad de expresión cabal; expresión del transcurso del tiempo y permanencia de él, en el amor verdadero y asunción de voces y formas tradicionales, junto a otras, modernas.

ABSTRACT:

The present work is part of a paper presented at the "Simposio Internacional Brasil: 500 anos de descobertas literarias", held in Brasilia to commemorate the fifth centennial of the discovery of the country. This article is intended as a comparative study about the work of two major female poets from Chile and Brazil, Gabriela Mistral y Cecilia Meireles, who share striking similarities in several respects, as it is the quality of their poetic wording, strong and intense and, at the same time, frail and delicate; their awareness of the impossibility to express themselves fully; their account of the passing of time as well as its permanence in true love; and their use of traditional lexis and forms together with modern ones.

Hace ya más de quinientos años. Cuando las naves de Pedro Álvares Cabral alcanzaron el continente americano, en abril del año 1500, nació el país de la Vera Cruz, prontamente denominado Brasil debido a la abundancia en él, de la madera de dicho nombre. Y con la *Carta* que Pero Vaz de Caminha escribió al Rey Don Manuel de Portugal, comunicando el feliz descubrimiento y, a poco andar, con las creaciones poéticas de José de Anchieta y de otros misioneros jesuitas y las de Bento de Teixeira, el primer poeta laico de las nuevas tierras, se inició una literatura que no ha cesado de ofrecer al mundo páginas admirables de admirables escritores hasta hoy.

al,

Algo similar ocurrió en Chile: desde las *Cartas* de Pedro de Valdivia y, por cierto, *La Araucana* de Alonso de Ercilla, la literatura nacional no ha dejado de asombrarnos con grandes figuras a lo largo del tiempo.

Y entre tantas figuras literarias importantes, dos mujeres de estos dos países llegaron a cimas poéticas inigualadas. A ellas –Gabriela Mistral y Cecilia Meireles– queremos referirnos, haciendo algunos comentarios sobre sus voces excepcionales, que elevaron las potencialidades de sus respectivos idiomas a la máxima expresión artística.

Las vidas y las obras de estos dos seres especialísimos, fueron muy distintas y muy iguales. En efecto, hay muchas similitudes, y también, por supuesto, muchas diferencias entre ambas grandes poetisas.

Por lo pronto, fueron casi coetáneas. Gabriela nació en 1889 y Cecilia lo hizo doce años más tarde. En 1957, falleció Gabriela, y Cecilia en 1964. Pero las similitudes van más lejos: el padre de Cecilia murió tres meses antes del nacimiento de su hija y su madre fue llamada por Dios poco antes de que la niña cumpliera tres años. Gabriela tuvo la compañía de su madre muchos años, pero también perdió a su padre, aunque por otras causas, a los tres años. Y si Cecilia fue criada por su abuela materna, doña Jacinta García, Gabriela recibió el apoyo de su abuela paterna, doña Isabel Villanueva, cuando comenzó tempranamente a ganarse la vida. Después, ambas fueron profesoras primarias, amaron a los niños, sobre todo a los más desposeídos, y se preocuparon por sus lecturas; las dos vieron publicado su primer libro poético en fechas muy cercanas –*Espetros* en 1919 y *Desolación* en 1922–; ambas incursionaron también en el cuento y el ensayo y seleccionaron ellas mismas sus poemas en sendas antologías, publicadas en 1957 la de Gabriela y en 1963 la de Cecilia, fechas cercanas a sus respectivos fallecimientos; las dos dictaron cátedra en universidades, fueron distinguidas con doctorados Honoris Causa en el extranjero y recibieron los más altos reconocimientos de sus respectivos países; pero, sobre todo, ambas lograron alturas insuperables en la creación poética y sus obras, traducidas a diferentes idiomas, impregnadas de espiritualidad y con tendencia al misticismo, llevaron siempre el sello indeleble del perfeccionismo y de lo personal y único.

También hubo, por cierto, diferencias, tanto vitales como poéticas. Digamos, sintetizando simbólicamente, que Cecilia tuvo vocación de mar y que Gabriela, en cambio, la tuvo de piedra cordillerana. Pero más allá de las coincidencias vitales, quisiéramos aquí referirnos a algunos aspectos de su poesía que presentan notables similitudes.

Tal vez lo que primero llama la atención sea, en ambas, la calidad de su palabra poética, contradictoriamente fuerte y deseosa de intensidad y frágil y delicada, aunque siempre consciente de su imposibilidad de expresión cabal.

Ya Hernán Díaz Arrieta, al prologar *Desolación*, el primer libro mistraliano, destacaba el lenguaje de Gabriela, macizo como el de sus lecturas bíblicas de toda la vida –no en vano ella misma quiso asimilarse a la primera matriarca hebrea: “*Yo con mi cuerpo de Sara la vieja...*” expresó en un poema–, pero simultáneamente suave y tierno cuando se requería. En efecto, la poetisa chilena fue buscadora siempre de la máxima potencia posible en sus voces, al punto de crearlas cuando el lenguaje le era insuficiente para la expresión anhelada. Baste recordar sobre el particular, entre muchos, el inicio del poema “Cordillera”, el primero de los “Dos Himnos” del libro *Tala* y tal vez la mayor altura de toda su producción poética, que expresa el gran tema de la recuperación mítica del paraíso perdido con lenguaje de extrema fuerza:

*Cordillera de los Andes,
Madre yacente y Madre que anda,
que de niños nos enloquece
y hace morir cuando nos falta;
que en los metales y el amianto
nos aupaste las entrañas,
hallazgo de los primogénitos,
de Mama Ocllo y Manco Cápac,
tremendo amor y alzado cuerno
del hidromiel de la esperanza!*

O esta otra estrofa increíble del mismo poema, ahora exclamación asombrada, rayana en el misticismo:

*¡Carne de piedra de la América,
halalí de piedras rodadas,
sueño de piedra que soñamos
piedras del mundo pastoreadas;
enderezarse de las piedras
para juntarse con sus almas!
En el cerco del valle de Elqui,
en luna llena de fantasma,
no sabemos si somos hombres
o somos peñas arrobadas!*

O, en otra línea temática, la de sus grandes poemas amorosos, transidos de dolor, en los que la palabra se hace grito para decir el más hondo sentimiento y pedir a Dios por el suicida, preguntándole y exigiéndole en un tú a Tú de insoportable tensión:

*Y responde, Señor: cuando se fuga el alma,
por la mojada puerta de las hondas heridas,
¿entra en la zona tuya hendiendo el aire en calma
o se oye un crepitar de alas enloquecidas?*

*¿Angosto cerco lívido se aprieta en tomo suyo?
¿El éter es un campo de monstruos florecido?
¿En el pavor no aciertan ni con el nombre tuyo?
¿O lo gritan, y sigue tu corazón dormido?*

O, último ejemplo, en el desgarrador “Nocturno”, en el que la hablante asume el dolor mismo de Jesús en su enorme sacrificio y lo dice en palabras tremendas:

*Padre Nuestro que estás en los cielos,
¡por qué te has olvidado de mí!
Te acordaste del fruto en Febrero,
al llagarse su pulpa rubí.
¡Llevo abierto también mi costado,
y no quieres mirar hacia mí!*

.....

*Me vendió el que besó mi mejilla;
me negó por la túnica ruin.
Yo en mis versos el rostro con sangre
como Tú sobre el paño le di,
y en mi noche del Huerto, me han sido
Juan cobarde y el Ángel hostil.*

Del mismo modo, no trepida Cecilia Meireles en usar las voces más fuertes de su idioma, especialmente en la expresión del dolor, como en los poemas de *Elegía*, a raíz de la muerte de su abuela Jacinta. Así en el poema 3:

*Minha tristeza é nao poder mostrar-te as nuvens brancas,
e as flores novas como aroma em brasa,
como as coroas crepitantes de abelhas...*

O en el poema 8:

*Quanto tempo passou entre a nossa mútua espera!
Tu, paciente e inutilizada
contando as horas que te desfaziam...*

Asimismo, en el poema inédito “Solombro”, que ella misma incluyó en su personal *Antología Poética*:

*Falo de ti como se um morto apaixonado
falasse ainda en seu amor, sobre a fronteira
onde as coroas desta vida se desmontam...*

Sin embargo, a ratos, ambas poetisas cambian el tono y el tema y buscan la dulzura idiomática, las voces más suaves, el casi susurro emocionado para decir la ternura de ciertos sentimientos, especialmente cuando hablan a los niños, en prosa o en versos de Arte menor, en cuentos o en poemas, sin perder por ello la profundidad conceptual.

Así canta Gabriela, por ejemplo, en su conjunto de rondas, de honda y alta significación humana en aspiración de infinito en torno a Dios:

*Dame la mano y danzaremos.
Dame la mano y me amarás.
Como una sola flor seremos,
como una flor, y nada más...*

*El mismo verso cantaremos,
al mismo paso bailarás.
Como una espiga ondularemos,
como una espiga, y nada más...*

*Te llamas Rosa y yo Esperanza
pero tu nombre olvidarás,
porque seremos una danza en la colina,
y nada más...*

Así lo hace también Cecilia, en sus muchos poemas dedicados a los más pequeños, llenos de ritmo y dulzura, como “Cantilena”:

*Bonequinha, bonequinha,
dorme, dorme sossegada,
dorme, dorme, filha minha!
Bonequinha muito amada,
oxalá que embalen crianças
como tu és embalada.*

.....

*De palavras mansas, mansas,
facó a minha cantilena,
com pedacos de lembranças
dos meus tempos de pequena...*

Fuerte o suave, siempre hermoso y lleno de sentido, el empleo del lenguaje llega, para ambas poetisas, a un punto crítico, a un *non plus ultra* que impide la comunicación y hace imposible la expresión de los sentimientos: las dos saben que la palabra no es suficiente para decir las grandes cosas y que el silencio habla entonces mucho más.

No es casual que la Mistral lo haya dicho explícitamente:

*Si yo te odiara, mi odio te daría
en las palabras, rotundo y seguro
pero te amo y mi amor no se confía
a este hablar de los hombres, tan oscuro!*

*Tú lo quisieras vuelto un alarido,
y viene de tan hondo que ha deshecho
su quemante raudal, desfallecido,
antes de la garganta, antes del pecho.*

O que la Meireles, en “Oito”, de *O Aeronauta*, se lamenta:

*Ó linguagem de palavras
longas e desnecessárias...*

aunque reconociendo, por cierto, su inmenso valor, como expresa en “Romance LIII ou das palavras aéreas”:

*Ai palavras, ai, palavras,
que estranha potencia, a vossa!
Ai, palavras, ai, palavras,
sois de vento, ides no vento,
no vento que nao retoma,*

.....

*Ai palavras, ai, palavras,
que estranha potencia vossa!
Todo o sentido da vida
principia a vossa porta;
o mel do amor cristaliza
seu perfume em vossa rosa,
o sonho e sois audácia,
calúnia, fúria, derrota...*

Más allá del valor y de la debilidad de la palabra, para ambas poetisas tan elevado, hay otro aspecto en que coinciden en su obra: la conciencia de la transitoriedad de la existencia.

Es cierto que dicha conciencia, en cuanto tema poético, es de antigua data y de elevada prosapia, precisamente por ser parte constitutiva de la vida de todo ser humano. Sin embargo, el tema es renovado, dolorosa, angustiada y directamente en el caso de Gabriela Mistral, mientras en la obra de Cecilia Meireles, como ha expresado José de Souza Rodrigues, “*lo transitorio es vivido subjetivamente, como entre los románticos, cantado metafóricamente, como entre los simbolistas, y, más importante que todo, revelado conceptualmente con todo el equilibrio consciente de un poeta contemporáneo*”.

En efecto, Cecilia Meireles, en este sentido, es más intelectualizada. Es cierto que en su poema “Despedida” hay versos que recuerdan la intuitiva verbalización mistraliana:

*Te vas alejando de mi
como sueño en las alboradas...*

O en “Praia do fim do mundo”, cuando expresa:

*Cantemos, porém, amigos
neste impossível lugar
que nao é terra nom mar:
praia do fim do mundo
que nao guardará de nós
sombra nem voz.*

Pero no hay temor ni dolor, sino, como ha dicho el crítico ya citado, “*hay fruición del mundo mutable, hay recreación visual de los instantes y, principalmente, hay la transformación de los datos reales en fabulación lírica intemporal*”. Así ocurre en el poema “Retrato”:

*Eu nao tinha éste rostro de hoje,
assim calmo, assim triste, assim magro,
nem éstes olhos tao vazios,
nem o lábio amargo.*

*Eu nao tinha estas maós sem forca,
tao paradas e frias e mortas
eu nao tinha éste coração
Que nem se mostra.
Eu nao dei por esta mudanca,
Tao simples, tao certas, tao fácil:
–Em que espelho ficou perdida
a minha face?*

En todo caso, la temporalidad, en ambas poetisas, suele expresarse en relación con el amor:

*Entre a morte e a eternidade, o amor,
essa memória para sempre,*

exclama Cecilia, en palabras que recuerdan las de Gabriela:

*Esperaré que te hayan cubierto totalmente
¡ y entonces hablaremos por una eternidad!*

La Mistral, en cambio, no trepida en la verbalización potente e intuitiva, que nos hace sentir en plenitud, y con dolor, su experiencia vivencial del paso inexorable del tiempo:

*Se va de ti mi cuerpo gota a gota.
Se va mi cara en un óleo sordo;
se van mis manos en azogue suelto;
se van mis pies en dos tiempos de polvo.
¡Se te va todo, se nos va todo!
Me voy de ti con vigilia y con sueño,
y en tu memoria más fiel ya me borro...*

La reiteración en cada verso de la misma forma verbal, que no permite escapatoria; el subrayar el irse permanentemente, poco a poco, y la ida incluso hasta del recuerdo mismo, concretan a cabalidad su percepción de la temporalidad que nos deshace inexorablemente.

De ahí también la exclamación angustiada del deseo imposible de permanencia:

Yo no quiero que a mi niña la vayan a hacer princesa...

Sin embargo, cristiana vieja, la Mistral aspira, en cambio, y aunque parezca paradójal, a que el tiempo pase para acceder a la trascendencia:

*Ha venido el cansancio infinito
a clavarse en mis ojos, al fin:
el cansancio del día que muere
y el del alba que debe venir...*

Otro de los grandes temas coincidentes en las dos grandes poetisas, es, ciertamente, el amor de pareja, verbalizado siempre con total intensidad:

*Por fidelidade reta
ao companheiro perdido,
que nos resta?
Deixar-nos morrer um pouco
por aquéle que hoje vemos
todo morte,*

dice Cecilia, mientras Gabriela exclama:

*Si te vas y mueres lejos,
tendrás la mano ahuecada
diez años bajo la tierra
para recibir mis lágrimas,
sintiendo cómo te tiemblan
las carnes atribuladas,
hasta que te espolvoreen
mis huesos sobre la cara!*

Tal vez esa conciencia tan profunda del transcurso del tiempo y de su permanencia en el amor verdadero, y, por otra parte, el cariño a sus respectivos pueblos y a sus raíces, sea la razón de que ambas poetisas no duden en asumir también voces y formas antiguas para la creación de su poesía. Si por un lado hay modernidad en sus obras, hay, por otro, empleo de arcaísmos, de refranes populares, de viejas formas estróficas, a tal punto que la poetisa brasilera ha sido a veces acusada de lusitanismo, del mismo modo que se ha dicho que la chilena se quedó enredada en el castellano colonial y popular de sus montañas elquinas. Gabriela respondió a esto en nota al poema “Nocturno de la derrota”: “*No sólo en la escritura, sino también en mi habla, dejo por complacencia mucha expresión arcaica, sin poner más condición al arcaísmo que la de que esté vivo y sea llano. [...] El campo americano –y en el campo yo me crié– sigue hablando su lengua nueva vetada de ellos...*”

Ambas poetisas coinciden, pues, una vez más. Y de hecho el romance, tan viejo y tan nuestro, se apodera de libros completos en sus respectivas obras: *Romanceiro de Inconfidência*, de 1953, con sus ochenta y cinco romances en torno al movimiento patriótico de fines del siglo XVIII que buscaba la libertad de Brasil; y *Poema de Chile*, publicado póstumamente en 1967, con sus sesenta y siete romances, en los que el espíritu de Gabriela vuelve a su tierra –montañas, pueblos, árboles, pájaros– para mostrarla amorosamente a un indiecito atacameño antes de regresar definitivamente a Dios.

Por cierto, hay otros aspectos en que se aprecian similitudes, y también diferencias, en la obras de nuestras dos grandes poetisas, pero creemos que basta lo expresado para destacarlas. Por eso, al recordar que se ha dicho de Cecilia Meireles que

“Levantó, con osadía y originalidad, la problemática del lenguaje expresivo en un momento en que sus coetáneos proponían más bien el versolibrismo y el coloquialismo. Optó por la regularidad métrica y por la rima interna y final, y, al mismo tiempo, exploró innumerables combinaciones rítmicas y estróficas. Experimentó toda una gama de cadencias, logrando una rica correspondencia entre cromatismo visual y tonal. Se vinculó a su tierra brasileña (...). Rechazó reiteradamente la tendencia tan femenina a la sensiblería, eligiendo un lirismo contenido, maduro y exento. Sintió en profundidad el mundo del hombre y de la

naturaleza y lo expresó con intensidad a través de toda una rica paleta de recursos poéticos. Moduló su canto en todos los registros disponibles...”

nos atrevemos a asegurar que lo mismo podría decirse de Gabriela Mistral.

Todo ello no es casual: estas dos grandes mujeres, estas dos grandes poetisas hijas de los pueblos hermanos de Brasil y de Chile, en las alturas vertiginosas de su creación poética, necesariamente tenían que encontrarse.